

La globalización y el nuevo orden mundial

Fernando Henrique Cardoso

El 20 de febrero de 1996 el presidente constitucional de la República Federativa de Brasil, doctor Fernando Henrique Cardoso visitó El Colegio de México y pronunció una conferencia magistral en la que abandonó el texto escrito e improvisó sobre el tema con su acostumbrada perspicacia, claridad y sentido de la comunicación. Por la importancia del contenido, reproducimos a partir de la videograbación el contenido de su charla con la comunidad de El Colegio y algunos invitados, precedida por la bienvenida del doctor Andrés Lira.

Presentación del doctor Andrés Lira, presidente de El Colegio de México

Buenas tardes, lamentamos este retraso, pero como le decía al señor presidente del Brasil, doctor Fernando Henrique Cardoso, nunca es tarde para estar a gusto y para seguir en casa.

Me permito dirigir estas palabras, excelentísimo señor presidente Fernando Henrique Cardoso, doctora Ruth Cardoso, señores ministros de Estado, señores embajadores, distinguidos amigos, invitados, colegas, para dar la bienvenida a tan destacado visitante en nombre de los profesores, estudiantes y amigos de El Colegio de México.

Los lazos que esta institución tiene con usted y con su país se remontan a varias décadas. Usted mismo ha sido nuestro huésped en otras ocasiones, por lo que esta visita es también la de un amigo de El Colegio de México. Don Alfonso Reyes, ilustre mexicano fundador y presidente de esta institución hasta su muerte en 1959, fungió como embajador de México en Brasil entre 1930 y 1932. Hombre que se

compenetró de la belleza de su país y se entusiasmó con sus vivencias cariocas, inspiradoras de textos líricos que figuran en su obra en forma prominente, fue testigo de un periodo crucial en la historia del Brasil, y además fue el primero en abrir brecha en lo que sería una continua relación en la que muchos estudiantes y profesores brasileños han participado.

También don José Medina Echavarría, con quien trabajó usted a su paso por Chile entre 1965 y 1968, es parte del vínculo que existe entre usted y El Colegio. Don José, como afectuosamente se le llamaba en la CEPAL, y cuyo nombre lleva un salón de clases de este plantel, fue el creador del Centro de Estudios Sociales y un gran precursor de la sociología en América Latina. Sigue alumbrando como un faro a todos aquellos que buscan dar sentido a la realidad social de nuestro continente. Cabe mencionar que varios profesores de El Colegio, no sólo brasileños, sino también de otros países de América Latina, fueron sus alumnos y hoy dan testimonio del valor de sus enseñanzas en esta institución.

No obstante, creo que por el peso de su obra es que Fernando Henrique Cardoso debe ser reconocido, ya que gracias a ella sus vínculos con nosotros han asumido toda su profundidad. En su crítica a las teorías de la modernización, en la elaboración del planteamiento dependientista, en el análisis de los regímenes autoritarios, así como en su trabajo docente, construyó un acervo de conocimientos que han dejado profunda huella en varias generaciones de estudiantes de El Colegio y de América Latina. Testimonio del vínculo actual entre la sociología brasileña y esta institución es la publicación del homenaje que *Estudios Sociológicos*, revista de nuestro Centro de Estudios Sociológicos, rendirá al profesor Florestan Fernandes, recién fallecido, y a quien los sociólogos mexicanos conocen tan bien.

Señor presidente, la sociología latinoamericana tuvo y tiene en usted a uno de sus máximos exponentes. Esperamos que su paso por la presidencia de Brasil sea también objeto de su reflexión en el futuro. Por todo ello, sea usted bienvenido a El Colegio de México. Muchas gracias.

Exposición del doctor Fernando Henrique Cardoso

Señor Andrés Lira, presidente de El Colegio de México, señora Cecilia de Lira, señor Miguel Limón Rojas, secretario de Educación Pública, señores embajadores, señores profesores y alumnos de El Colegio de México, señoras y señores:

Es realmente un enorme placer para mí regresar a este Colegio de México por muchas razones, no sólo porque fue siempre, y continúa siendo, uno de los centros más creativos en las ciencias sociales de América Latina, sino porque se me ha recibido aquí muchas veces con generosidad, y he encontrado estímulo intelectual para el debate y la investigación; me impulsan además de otras razones muy particulares.

Algunas de ellas ya han sido referidas; sin embargo, quisiera añadir que no siempre que se habla en una institución como ésta, se encuentra uno frente a dos expresidentes, y aquí están uno de México y otro de Brasil. Yo agradezco su presencia a los señores Miguel de la Madrid e Itamar Franco.

Quisiera también decirles, en forma muy directa, que lo mencionado sobre la influencia que he recibido de la gente de El Colegio de México es verdadero, y quizás aún mayor que lo expuesto.

No sólo México le debe algo, bastante por cierto, a un grupo de españoles que después de la guerra civil vino a vivir aquí; todos los latinoamericanos estamos también en deuda. Y acá dos instituciones han recibido la fuerte presencia de estos españoles: El Colegio de México y el Fondo de Cultura Económica, del que el señor De la Madrid, hoy día, es el principal responsable. Si muchos de nosotros tuvimos acceso a la lectura de algunos autores alemanes —mi mujer Ruth, quien se halla presente, el ministro Weffort, José Luis Reyna y muchos más—, y antes de situarnos en el universo intelectual pudimos experimentar la influencia directa de tales pensadores, fue gracias a las traducciones que se realizaron en el Fondo de Cultura Económica, donde españoles como el señor Wenceslao Roces, José Medina Echavarría y tantos otros tuvieron influencia decisiva.

En lo que respecta a El Colegio de México, es cierto que José Medina Echavarría, quien aquí colaboró, y con quien todos los ya mencionados hemos trabajado durante algunos años, en mi caso, cuatro, nos transmitió sus enseñanzas, tanto con su labor cotidiana, como en su desempeño como sociólogo, como persona, como hombre. Yo escribí un libro con Enzo Faletto, que muchos de ustedes conocen, que fue publicado por Siglo XXI Editores y ya lleva más de treinta o no sé cuántas ediciones. Tuve la osadía de escribirlo en castellano, pero lo hice porque colaboraba con Faletto y, además, porque José Medina Echavarría lo corrigió personalmente, con una dedicación increíble. Debo decirles que Medina, en aquel entonces, miraba con un poco de espanto esa “dependencia” de los latinoamericanos que se habían puesto a pensar sobre cosas que, quizá, fueran demasiado complicadas, y quienes no escribían en un estilo clásico, sino en otro lleno de adjetivos. Medina era un hombre directo, con una gran sensibilidad, por lo

que mejoró mucho el texto. También debo mencionar a Víctor Urquidí entre los grandes presidentes de El Colegio. Cuando Marjorie era su mujer hizo la traducción de este libro al inglés, y Víctor, personalmente, se hizo cargo de su edición. Tengo razones muy fuertes para estar emocionado en El Colegio de México: aquí no solamente he aprendido sino, más que eso, han mejorado mis textos.

Les estoy muy agradecido. Sólo lamento no tener tiempo suficiente para hablar, porque como ahora soy presidente tengo que hacer cosas más complicadas. Cuando era profesor solamente hablaba; ahora, ya hablé demasiado en el Congreso de la Unión, por eso me presenté aquí con retraso además de que me encontré con una manifestación en el camino que en principio pensé que era en mi honor; pero no era ni a mi favor ni en mi contra, sino en contra de otros, y casi me les uní.

Si me lo permiten, yo quisiera tratar un tema que creo que está incorporado a la agenda de todos los gobernantes contemporáneos, y que tiene que ver con los esfuerzos que hicimos en los estudios sobre la dependencia. Como muchos saben, gusto mucho del calificativo de la "teoría" de la dependencia porque tiene que ver con la globalización de la economía y los riesgos y oportunidades que de ella derivan, y porque es difícil todavía enfocar este tema, ya que no hay una teoría unificadora; a lo mejor yo estoy ya demasiado anticuado y todavía busco teorías unificadoras.

No soy posmoderno. Quiero todavía comprender el movimiento global y no creo que exista un análisis completo que nos permita hablar con más fuerza en términos sociológicos de la cuestión de la globalización de la economía. Pero ahora, invocando mi condición de presidente de la república, no puedo esperar que exista una teoría unificadora, porque los intelectuales tienen un ritmo que no es compatible con la toma de decisiones políticas, y yo estoy obligado a tomar en consideración algunos hechos importantes que están ocurriendo en el mundo, y que, de alguna manera, condicionan la acción de gobierno.

Creo que no cabe ninguna duda de que hoy día, después de las extraordinarias transformaciones por las que ha pasado el sistema productivo mundial, ya no es posible pensar en las condiciones nacionales sin hacer una referencia a la situación global y a las tendencias que existen en el plan más generalizado, más universal, y que condicionan, querámoslo o no, las decisiones que pudieran tomarse; creo necesario discutir esa cuestión. Sobre todo porque este hecho se tornó imperativo de una manera evidente después de 1989, después de los cambios políticos, del Muro de Berlín y de la desagregación del mundo de las economías centralmente planificadas. Que el sistema productivo, hoy día, no se desarrolle más con base en un solo país, sino que se distribuya

por varios países y bajo controles que no son locales, no es solamente algo que se deba describir al modo de una transformación en la superficie de las cosas; detrás de ese proceso hay cuestiones más profundas que la sola transformación del modo de producción. Mucha gente que tiene formación, incluso marxista, no se da cuenta de que, cuando se transforma un modo de producción, hay implicaciones directas en las relaciones sociales de producción, en las superestructuras ideológicas y políticas. En fin, hay cambios que son muy profundos y que ya ocurrieron.

Tengo a veces la impresión, mirando la historia, de que en ese ámbito nos encontramos en la situación que presentaban las ciencias naturales en la época en que Copérnico dijo que no era el sol el que giraba alrededor de la tierra, sino al revés, y sin embargo la gente seguía creyendo que era el sol el que giraba alrededor de la tierra. O en el mundo del Renacimiento, cuando, a pesar de que ya todo había cambiado mucha gente miraba todavía con ojos que no tenían relación con la realidad que estaba allí presente.

Yo creo que, de algún modo, nosotros estamos frente a una transformación de fondo que se produjo durante el presente siglo. Al final de él es tiempo ya de hacer un balance y ver cuáles son las formas actuales de organizar la producción, de concertar las relaciones entre los países, de estructurar los grupos sociales, etcétera.

Esto no significa que se deba tomar la globalización como si fuera un hecho natural, ni como algo bueno o malo, sino como el producto de una transformación que tiene consecuencias, unas buenas, otras malas, algunas muy perversas, y frente a las que no cabe una actitud de pasividad, es decir, de ineluctabilidad. No es así, nada es ineluctable.

Esta mañana, en el Congreso, un diputado me preguntaba, precisamente al respecto, cuál es el modo en que yo encaro el aporte de los científicos sociales latinoamericanos a la sociología, a las ciencias sociales en general, y qué es lo que ha cambiado, y yo digo que no cambió nada, que su aporte es muy valioso en cuanto aporte. Es decir, hay que encarar las transformaciones del mismo modo como hemos encarado otras. Lo que nos preocupaba en los años sesenta y en los setenta era el comienzo de este proceso; pero nosotros no nos percatábamos de sus consecuencias globales. Yo me acuerdo que en el libro al cual hice ya mención, nosotros hablábamos de la internacionalización de los mercados, y voy a repetir lo que dije hoy en el Congreso, el cual, por cierto, parecía un seminario intelectual.

Lo que pasaba es que nosotros no nos dábamos cuenta de que la misma internacionalización de la producción estaba cambiando, hablábamos de la internacionalización de los mercados, de la comercialización, pero este cambio era algo más profundo. Recuerdo que, en aquel

entonces, no existía la palabra multinacional; cuando Faletto y yo escribimos aquel libro no existía la expresión empresas multinacionales. Eso vino después, y tuvieron que pasar treinta años, para que nos diéramos cuenta de los cambios. Entonces se hablaba todavía de *trusts*, cárteles; estábamos todos enfrascados en la idea de cómo podría darse el desarrollo si ellos no invertían aquí. Y efectivamente no querían invertir.

Nosotros estábamos entonces descubriendo que había un comienzo de inversión, y nuestra lucha con los sectores más tradicionales del pensamiento social fue precisamente decir: miren, ustedes se equivocan, acá ya hay un desarrollo, una industrialización de la periferia. ¿Y cómo podría yo negar eso, siendo brasileño y habiendo salido de mi país debido a los militares? Pero no era ciego; me daba cuenta de que había una transformación y en Brasil he peleado mucho por eso. Recuerdo que en México, en un seminario, un compañero nuestro, Ianni, me acusaba de estar defendiendo a los militares; pero yo decía que no, que había una transformación, un crecimiento económico, y no querían darse cuenta de ello. Yo argumentaba que el crecimiento económico transformaría las relaciones sociales, que iba a crear, como creó, una clase obrera enorme y una clase media expansiva. En ese entonces la gente no quería reconocer este hecho. Frente a lo que ocurría, no teníamos una visión completa del conjunto de transformaciones.

Más tarde generamos otro concepto, “desarrollo dependiente asociado”, que ya apuntaba hacia algo más concreto, es decir, sí había desarrollo; no se trataba de un “desarrollo del subdesarrollo”, sino de un desarrollo; pero éste se daba a la manera de una asociación entre capitales externos y locales y ya no cabía la antigua idea de que, no habiendo desarrollo, las fuerzas externas no querían la transformación de la sociedad nacional. No. Existía, había una transformación, había desarrollo, y como el mercado interno se expandía iba a crear intereses nuevos, en consecuencia, en la fuerza de transformación progresista y no en una que restaría ímpetu al desarrollo. Eso no significa que no hubiera exclusión social, marginación. La transformación no fue un cambio que llegara por sí mismo a la democracia, por el contrario. La percepción que se tenía entonces era que, precisamente, iban a coexistir esta forma de desarrollo y la exclusión, y la democracia no podía ocurrir en tales condiciones históricas. Yo sostenía que en estas condiciones puede forzarse una tendencia democratizadora; que no estamos fatalmente condenados a la exclusión ni al autoritarismo.

La situación ahora es igual, hay ya indudablemente una globalización del proceso productivo, pero eso no nos lleva necesariamente a la exclusión ni al autoritarismo, ni a la inercia u otras opciones. Por el contrario, el mismo tipo de análisis que hice entonces, creo que cabe

ahora, cuando existe esa tendencia general, globalizadora, ineluctable en el sentido económico; pero eso no significa que no pervivan reacciones y valores que puedan contraponérsele. En otros términos, no se trata de transformar el mercado en un fetiche; el mercado no es un valor, sino una realidad y un instrumento; pero no podemos imaginar que él, por sí mismo vaya a corregir las distorsiones que la globalización produce, porque no las va a destruir; por el contrario, puede agrupar una serie de efectos negativos y perversos con mayor concentración del ingreso y más probabilidades de producir exclusión social. En consecuencia hay que matizar las reacciones, si se quiere, hacia la crítica de esa situación social y política, hay que organizar una reacción que forzosamente tiene que ser política. Si entonces me opuse, y sigo oponiéndome ahora, a la idea maniqueísta de que como consecuencia de la globalización los mercados van a dar el marco de referencia a las sociedades y no hay nada más qué hacer, fue debido a que tenemos que valorar la acción política, y a mi modo de ver es absolutamente inconsecuente imaginarse que, porque existe la globalización, los Estados pierden sentido. No: cambian de sentido; no lo pierden, lo cambian. Y, por el contrario, la acción política adquiere un peso mayor.

Si se quieren contrarrestar efectivamente los efectos negativos y uniformadores de la tendencia globalizante, el campo de la política es aún más grande de lo que fue antes; yo afirmaré incluso que hay un campo donde los valores, la justicia y la solidaridad, tienen un quehacer en el presente momento.

Eso no quiere decir que, cuando se habla de la globalización de la economía, de la producción a la escala internacional, de flujos de capitales capaces de una volatilidad extraordinaria que producen a veces daños a economías nacionales, se menoscaban las transformaciones ocurridas. Todo eso es verdadero; pero por detrás de ello existen elementos que también hacen cambiar los actores posibles, tanto en el juego político como en el control de la transformación nacional. ¿Por qué?, bueno, en este momento no podría entrar en muchos detalles debido al límite de tiempo; pero la verdad es que nos encontramos frente a nuevas formas de expansión del capital, de organización del trabajo y de relaciones entre el capital y el trabajo. No cabe duda de que actualmente hay una enorme masa de capitales, y una competencia entre los países por su captación. También ocurre otro proceso: que a menudo esos capitales vienen y se van, son golondrinas. Ya lo sabemos, ¡y cómo lo sabemos!

Los capitales se han independizado de cualquier Estado nacional, incluso de los más desarrollados. Ya los bancos centrales no tienen control sobre ellos. Se discuten actualmente las posibilidades del Fondo Monetario para contraponerse o no a esa tendencia, y en qué medida

puede organizarse un nuevo sistema financiero internacional —porque el de Breton Woods representa otra época—, que tenga la fuerza y los instrumentos necesarios para contraponerse, cuando fuere el caso, a esos capitales.

Hubo allí una especie de separación del capital frente a las estructuras anteriores, incluso estatales, y aun de los países que podían considerarse centrales. Claro que estoy exagerando, hay desde luego una cierta dinámica, una relación; pero este fenómeno existe y se comprueba a cada momento. Hubo un cambio en la personificación del capital, y no se produjo solamente en el estrato más alto de extracción; también, y eso es una tendencia que viene desde antes, en el control directo de los capitales.

Cada vez más, los fondos de pensión son los grandes controladores de las masas de capital. Y los dueños del capital no son personas, sino sectores de la clase obrera y de los asalariados. Lo pongo en una forma más amplia, pues participan de este proceso. En este momento, cuando en el Brasil se discute sobre la privatización, es decir sobre cómo se va a privatizar, lo que me preocupa, por razones que voy a aclarar, es la forma de pasar el control de las empresas que están en manos de la burocracia estatal, a la burocracia pura sin el gobierno. ¿Por qué? porque son los fondos de los empleados los que están comprando las empresas privadas, y estos fondos han sido integrados en gran medida por capitales del Estado y del tesoro, que han contribuido en una proporción mucho más grande que la aportada por los mismos empleados. Y sin embargo actualmente, al observar cualquier privatización se habla mucho del capital externo que ingresó en forma escasa al país. Este tipo de inversiones nacionales es de hecho un sistema que no se había imaginado antes; se pasa de las manos indirectas del Estado a las manos directas de los empleados por vía de estos fondos, y no hay ningún gran negocio que se haga en la actualidad sin que exista una negociación entre empleados, entre gerentes de fondos. Alguna vez fui ministro de finanzas del presidente Itamar Franco y en su despacho tuve una reunión con algunos de los presidentes de estos fondos; para provocarlos les dije: “miren, ustedes son la encarnación del capital; yo aquí soy el pueblo, porque yo soy el tesoro y el tesoro viene del pueblo, de impuestos; ustedes no, ustedes son la persona del capital”. No les gustó mi aseveración porque ellos eran de izquierda. Naturalmente era verdad, ellos representaban allí al capital que ya no tenía su personificación en la burguesía, o por lo menos, en la burguesía clásica. Por supuesto que se trata de algo mucho más complicado. No voy a entrar ahora en muchos detalles; solamente quiero expresar algunas ideas sobre la forma en que se puede profundizar en algunos de estos temas.

Paralelamente a estas transformaciones del capital, también el trabajo se ha transformado. El capital variable de pronto se hizo más escaso que el capital constante porque, en gran medida, lo que hace falta hoy es conocimiento especializado. En las grandes empresas se compran personas, ¿no es cierto?, por altos salarios, por su cerebro que es más que su fuerza de trabajo, porque es su creatividad lo que está en juego, y llega a tener un valor exponencial en un sistema que requiere de innovaciones constantes. Es decir, si queremos realmente discutir lo que está sucediendo en el mundo contemporáneo para darnos cuenta de la intensidad de las transformaciones ocurridas y de sus consecuencias, debemos contar con mucha fuerza teórica, mucha imaginación, y carecer de prejuicios.

Lo mismo me ocurre cuando analizo el factor trabajo. Ha cambiado muchísimo; todos sabemos que la especialización es muy grande y desde luego, que la disminución de las fuerzas obreras es enorme; pero no es el terciario antiguo, sino formas nuevas del terciario. Hay un poco de *putting out system* a la moderna. ¿Qué quiero decir con eso? Que antes de la gran expansión capitalista, durante el periodo manufacturero, la gente realizaba la producción en sus casas y después se hacía el ensamblaje, tal como lo hace hoy día, por ejemplo, la Volkswagen, en una línea de montaje donde los productores de autopartes llegan allí directamente. Lo que agrega Volkswagen es solamente el ensamblaje. También en el futuro cada jefe de esa línea firmará con su nombre cada camión que produzca, porque al hacer él una mezcla de autopartes tendrá cierta responsabilidad personal, y casi como si se tratará de un renacimiento de la artesanía en la producción moderna más avanzada, son dos quienes hacen la producción. Esa terciarización que se realiza en los hogares es entonces una especie de nuevo tipo de *putting out system*, la cual cambia mucho la composición de los trabajadores, la solidaridad que pueda darse entre ellos y las estructuras de las clases involucradas en un proceso productivo, que muy a menudo se realiza ya ni siquiera en un solo país, sino en varios. Con la internacionalización de la producción las partes se hacen aquí y allá; el *marketing* es de un país, la tecnología de otro y la mano de obra de otro distinto.

Así, el factor mano de obra se vuelve menos importante, y su abundancia ya no constituye un elemento para calificar a un país en la competencia internacional. Lo que resulta determinante son otros factores, como la tecnología, la preparación del obrero, etcétera.

Se trata de otro mundo, de un nuevo mundo, bueno o malo, no sé, pero es un nuevo mundo que acarrea consecuencias como, por ejemplo, el desempleo estructural. Y claro está que desde el punto de vista de quien está en la acción política, no basta con reconocer tales conse-

cuencias; hay que actuar. Creo que paradójicamente habremos de ver una tendencia al crecimiento, pero con presión política de la pequeña empresa, de la libre empresa, del trabajo familiar en el campo, de las formas que no son de empleo, sino de ocupación. Los gobiernos van a tener que preocuparse por esa cuestión, y deberán desarrollar programas específicos para garantizar la ocupación y el ingreso, porque el nuevo modo productivo, por sí mismo, va a eliminar a mucha gente: es excluyente. Por lo tanto, la acción política tiene que contrarrestar esa tendencia y hacer presión en el otro sentido.

Todo lo anterior pone de manifiesto que se necesitan valores, teorías, ideologías, visiones y un liderazgo que ya no puede ser más un liderazgo de espacio, lejano y desplazado de los centros fundamentales de elaboración, cuya imagen es la del país. Más todavía, en el pasado se podía suponer que estos grupos sociales eran portadores de los gérmenes de la transformación futura y tenían ya todo para que su acción coincidiera con el interés general. En un cierto momento la burguesía conquistadora —la *bourgeoisie conquérante*, como dicen los franceses— hizo la transformación, destruyó el *ancien régime*, y de alguna manera trajo consigo algo de democracia. Luego algunos pensaron que las capas medias tenían la virtud de garantizar una estabilidad democrática; posteriormente las teorías más revolucionarias creyeron que el proletariado sería el portador del futuro.

Bien, ahora estamos frente a una fragmentación de todo eso. No, ya no existe la garantía de que una clase por sí misma, o un sector, o un segmento, sea el portador del futuro, el que represente los intereses generales. Esa vuelve a ser una cuestión que tiene que ser políticamente elaborada. Hace muchos, muchos años, un alemán llamado Mannheim, a quien seguramente leyeron algunos de los aquí presentes, se opuso a las ideas de que la clase obrera detentaría la virtud de lograr una transformación favorable de la humanidad, y propuso que fueran los intelectuales, con mayor capacidad, quienes elaboraran una síntesis dinámica de varias tendencias para generar comportamientos hacia el bienestar colectivo.

No estoy diciendo lo mismo, pues me refiero a sectores distintos. Si no lo hacen solamente los intelectuales, tampoco se puede imaginar que la clase media se oriente directamente a la democracia. Los obreros también tienen una fuerte demanda democrática y pueden ser una garantía para ésta. Tampoco se puede imaginar que solamente la burguesía va a encarar la transformación desde un punto de vista progresista, porque esto no resultaría tan fácil; por el contrario, ella también se ha fragmentado, se ha particularizado: perdió su capacidad de ser portadora de una visión de futuro. Todo eso está muy abierto y por lo mismo,

creo que precisamente deja un espacio para que la acción política pueda ejercerse de una manera más fuerte.

Eso es fácil decirlo, pero difícil justificarlo teóricamente, y aún más difícil ponerlo en práctica. Si añadimos a eso el hecho de que vivimos en sociedades con mucha información y mucha deformación también, con mucha presencia de los *mass media*, es decir, de la información en tiempo real y de la fragmentación brutal de la misma, eso hace relevante que algunas imágenes mentales sean construidas, lo cual da importancia a los sectores de intelectuales en el sentido gramsciano de que éstos son capaces de producir visiones que organicen los conocimientos y la información, y de proponer, a nombre de algún valor, una organización que sea benéfica para la mayoría. En nuestros países esos intelectuales protestan, porque los efectos inmediatos de la globalización van a acarrear la destrucción de muchas cosas, por ejemplo del sistema de empleo y de la persistencia e intensificación de la exclusión social. La desigualdad es obvia y no se puede pensar que ni el mercado, como ya dije, ni esas tendencias globalizantes, conlleven por ellos mismos una transformación más favorable a la igualdad.

No es casual que cuando se busca, por ejemplo, en Bobbio, o aún en Hobsbawm en su último libro, qué significa actualmente ser de izquierda, van todos para el mismo lado: estar en contra de la desigualdad, buscar justicia social, insistir en el deber y en ese tipo de valores. Claro que eso nos habría horrorizado algunas décadas atrás, porque las preguntas que estarían flotando en el aire serían: ¿cuál es la clase portadora de eso?, y ¿cuál la estructura general que permite afirmarlo?; sin embargo yo no he visto respuestas, sino afirmaciones de que existe la búsqueda permanente de un valor capaz de contrarrestar las tendencias de desigualdad, tendiendo hacia una situación de bienestar social y de mayor igualdad. Esto no puede llevarse a efecto sin que existan partidos, por malos que éstos sean, por desorganizados que sean, por incapaces que suelen ser para darse cuenta de la realidad. No veo cómo se puede organizar una acción constructiva de gran tamaño sin partidos, sin que exista opinión libre, prensa, televisión, radio y todo ese sistema tan libre de Internet; sin que existan liderazgos capaces de proponer caminos y sin que exista también gente capaz de organizar mentalmente un sistema conceptual, un sistema valorativo, y de presentar una imagen del buen gobierno. Es una cuestión clásica, griega, y quizás anterior; es la pregunta: ¿bueno, y cómo se hace la felicidad de los pueblos? No se puede dejar esta pregunta al margen, por tonta que pueda parecer a primera vista. Eso significa que el liderazgo político en los partidos y en la sociedad —porque la sociedad está fragmentada, pero creó muchas instancias de discusión, negociación y presión— tiene la necesi-

dad de un soporte intelectual capaz de proponer algo que vaya más allá de lo particular.

Voy a presentar a ustedes un ejemplo muy sencillo y muy actual. En Brasil estábamos discutiendo una cuestión que en todas partes se cuestiona, que es la reforma a la seguridad social, asunto muy difícil, extremadamente difícil, porque allí hay un choque de intereses debido a que la seguridad social nos concierne a todos. Cada quien desea su jubilación, su beneficio, y es normal que así sea. Se tiene miedo al cambio, porque no se sabe qué va a ocurrir el día de mañana. Siempre se puede pensar que los gobernantes están allí con alguna mala idea; que en el fondo lo que quieren es garantizarse más recursos financieros para gastarlos en la política o en lo que sea. Esta es una pelea muy dura, muy difícil. Es obvio, también, que hay intereses corporativos organizados que impiden la existencia de un sistema de seguridad que sea sostenido a mediano plazo. Hay además un riesgo de quiebra del sistema de seguridad en varios países. En Brasil es principalmente en el sector público donde radican los mayores privilegios. No sé si ustedes sepan que allí quien se jubila en el sector público gana 20% más, lo cual se considera un derecho, y cualquiera que se manifieste en contra de eso, estará en contra de los derechos de los trabajadores; he aquí una gran distorsión, porque nadie se pregunta "¿quién paga?"; la que paga es la mayoría integrada por los que no tienen acceso a ese beneficio.

Esa pequeña pregunta, ¿quién paga?, lleva a la discusión sobre ¿hay privilegio o no hay privilegio?, si usted tiene y el otro no tiene, y el otro que no tiene está pagando para que usted tenga, ¿es justo eso? Es difícil que esa pregunta tan sencilla sea tomada en serio precisamente por quienes deberían votar por la igualdad, que son los sindicatos. En Brasil tenemos dos organizaciones sindicales de importancia; la más importante es la CUT, Central Única de los Trabajadores, normalmente muy cercana al Partido de los Trabajadores; actualmente existe otra que se llama Fuerza Sindical. En Fuerza Sindical ya existía una discusión algo más abierta con relación al tema; de pronto, un gran líder de la Central Única de los Trabajadores desencadenó una gran discusión en su partido, entre los políticos y los diputados, porque al darse cuenta de que no podía defender privilegios varió su posición y he aquí que cambió el enfoque. ¿Por qué?, porque se percató de que había que proponer la cuestión por el lado de la búsqueda del interés general, lo cual va relacionado con una mayor igualdad o desigualdad. Para tomar una posición semejante se requiere de convicción y conocimiento de la situación; de convicción y capacidad para proponer un modelo.

Esto, que a primera vista no tiene nada que ver con lo que estaba diciendo respecto a la globalización, sí tiene sentido, porque con la

globalización y la organización de los grandes intereses financieros y productivos en el ámbito internacional, gran parte de la sociedad no tendrá ninguna relación con eso pero va a sufrir las consecuencias del proceso. Y esta gran parte tiene que organizarse, no en el sentido negativo de intentar detener el proceso, porque no van a conseguir frenarlo; no pueden ni deben porque su actitud no sería progresista, pero tendrán que plantear las preguntas correctas y no las viejas, y no proceder como hicieron los cartistas al romper las máquinas para no aumentar el desempleo. Tiene que ser otra la actitud, y ésta requiere de un conocimiento más concreto acerca del modo en que esa inmensa transformación económica está reorganizando la sociedad, creando nuevas formas de participación y nuevas preocupaciones.

Voy a volver al Estado. No es concebible una transformación del Estado en sí mismo que pueda contrarrestar esas tendencias, sin negar lo que ya tiene de progresista. Por el contrario, hay que renovar el Estado y no liquidarlo, y hacer otro tipo de conexión entre el Estado y la sociedad, es necesario poner en marcha una nueva dinámica. A Manuel Castells le tomé prestada una expresión que me gustó mucho, y que sostiene que las relaciones más dinámicas de la sociedad civil son las que empiezan a manifestarse por intermedio de las ONG, las Organizaciones no Gubernamentales. Aunque en nombre de intereses legítimos particulares, esas organizaciones deben transformarse en organizaciones neogubernamentales, no en organizaciones gubernamentales, ya que de hecho obtienen recursos financieros del gobierno, y este mismo es su interlocutor.

El Estado, en un principio, no acepta nada; la burocracia no quiere saber de eso; lo que procura es adueñarse de las empresas privadas por la privatización falsa. Busca la permanencia de un Estado intocable, al que no se ponga en tela de juicio, y que se piense que los intereses común, popular y nacional dependen de ese Estado y de la burocracia. Ésta es su visión.

Si se intenta una adaptación creativa a las nuevas condiciones de la sociedad contemporánea, es necesario buscar en la sociedad civil, en esas formas no gubernamentales, una acción para contrarrestar precisamente eso que hay de engorroso en las burocracias.

Para que no sólo haya ese dinamismo, mencioné el ejemplo de las neogubernamentales; pero existen múltiples formas de presión de la sociedad, y el Estado tiene que prepararse para dialogar bajo esa presión. Aquí nos hallamos otra vez ante un problema complicado, para que el Estado no desaparezca, ni para que ellos replacen al Estado, ni mucho menos a los representantes del pueblo.

Con frecuencia, y es normal que así sea, la presión que viene de la sociedad busca en un principio anular las formas representativas, prin-

principalmente la de los parlamentarios, que siempre están en jaque: se dice que los parlamentarios no nos representan, aunque sí lo hacen pues ya tienen las condiciones para desempeñar el quehacer general con una visión más amplia que deben tener, respecto a la fragmentaria que sustentan ciertos sectores. Pero también a menudo la presión de la sociedad se ejerce al comienzo como si los que están en el comando del Estado no fueran legítimos. Quieren deslegitimar, aunque eso tampoco funciona. Hay que buscar un diálogo en el cual se respete recíprocamente el ámbito propio de actuación de unos y de otros, y en cierto momento el elemento propio es el gobierno; el cual, incluso en algunos casos, se personifica en el presidente, quien va a decir sí o no pese a que él deberá afrontar las consecuencias; sin embargo, tiene que tomar decisiones en ciertos momentos y no puede ceder a las instancias de algunos que hablan por la sociedad civil y presionan porque desean lograr sus intereses propios. No, no, no. Si uno puede elegir y tiene una visión del interés general, debe defender ese punto de vista; pero es preciso argumentar, explicar, estar convencido y convencer, y desarrollar nuevos roles. Yo creo que eso, en sociología política requiere de mucha información y más análisis, porque están cambiando los roles de los políticos así como las relaciones entre éstos y la sociedad, lo cual está relacionado con las transformaciones más amplias que mencioné hace un momento.

Voy a darles otro ejemplo, brasileño desde luego (no puedo sino hablar de Brasil por ahora, antes era más libre ¿no?), que es el siguiente: nosotros eliminamos algunos ministerios, como el Ministerio de Bienestar Social. Yo digo siempre un poco en broma, pero es un poco cierto, que teníamos un Estado de Malestar Social. Pablo González Casanova me retó ayer con que si yo no escribo algo sobre esto, él va a escribir un libro. Pues que lo escriba, yo no tengo tiempo para hacerlo. Pero el hecho es que liquidamos ese ministerio; ¿por qué?, porque la forma de relación entre la sociedad y el Estado por su intermedio era clientelista, es decir, que el ministerio disponía de una partida presupuestaria; el ministro o los burócratas podían decir sí o no, y allí se acoplaban los intereses de la sociedad civil, y muy a menudo por intermedio de la representación de un congresista que hacía presión, se daba la plata o no se daba la plata. Y eso no es contemporáneo; no está bien; así que lo liquidamos y estamos desarrollando otro tipo de organización más complicada, en la cual se busca el establecimiento de consejos municipales y estatales con la participación de la sociedad civil, así como de la parte política y de la oposición —lo que molesta a mucha gente—, además de los curas, ¡por Dios! —van allí para molestar más— y de los sindicatos de oposición. Pero hay que hacerlo, hay que hacerlo.

El político y el gobierno tienen que aprender a dialogar con esta variedad de interlocutores.

Entonces, ¿cuál es la función de los diputados?, ya no la de presionar al ministro para que libere una partida presupuestaria; es otra: la de criticar la política; la de organizar a algún grupo de la sociedad, la de ver si los programas están cumpliéndose bien. La decisión, por ejemplo, sobre habitación, ya no se va a tomar más como en los moldes anteriores sin la opinión de la sociedad; los alcaldes no opinaban, los regidores no opinaban y tampoco lo hacían los grupos interesados. Sencillamente se buscaba a alguien poderoso en el ámbito del Estado y un intermediario político llegaba a su municipio. Yo logré terminar con eso. Esas son viejas prácticas y la ciudadanía se da cuenta, el elector se da cuenta, y poco a poco los congresistas también se van dando cuenta de que su acción tiene que desarrollarse en otro ámbito. De igual manera tiene que cambiar cada uno. Hay que cambiar al burócrata, que tampoco acepta eso, y al tecnócrata que cree que puede tomar la decisión porque es sabio.

Sostuve muchas discusiones —el presidente Itamar Franco se ha de acordar de eso— con los economistas cuando yo era ministro de Hacienda. Yo tenía la virtud de no saber nada de economía y tomé la decisión, con el apoyo del presidente, de que nada sería hecho sin que se le informara al pueblo. Me dieron miles de argumentos para que no informara: que eran cosas técnicas, que habría especulación, que ganaría la bolsa, etc. Y yo usé y abusé de la televisión y de mi presencia cuando era ministro (ahora me está prohibido) en la Cámara de Diputados, y los diputados que están aquí saben que es verdad: yo discutía, peleaba y argumentaba, para convencer. Entonces el plan se elaboró, no como plan tecnocrático, y cuando salió tuvo el apoyo del pueblo porque fue un plan discutido en ese sentido; nosotros no tuvimos un gobierno tecnocrático, sino político. Claro que con base en una visión técnica, con discusiones técnicas; pero los procesos de operación y de movilización de la sociedad tienen que darse por la vía del convencimiento, sostenidos en la argumentación.

Eso cambia el papel de los ministros, y la de los jefes de Estado. Actualmente el papel del jefe de Estado es muy distinto, y tiene algo que ver con la comunicación; no puede dejar de estar relacionado con la comunicación, pues en cierto momento se tiene que hablar con el país. El pueblo debe sentir, simbólicamente, que tiene un rumbo o una expresión en el poder; no solamente que votó. Debe sentirse parte de eso, porque visualiza, y es muy complicado para que él simultáneamente se lo dé a los que están ejerciendo esos cargos, la impresión de que ellos todo lo pueden y tienen poder para todo. Sin embargo, no lo tienen. En

cierto modo lo simbolizan, pero eso no significa que puedan hacer lo que quieran. Tienen que pasar por todos esos caminos de la negociación democrática. Yo he hablado sobre eso con algunos jefes de Estado, y he leído algunas biografías para ver cómo va la cosa, porque son roles nuevos que todavía no son tradicionales. Es una acción que no puede limitarse a la acción tradicional de firmar un documento, o de enviar un mensaje a la Asamblea. Hay que tener una presencia más activa.

Bueno, podrán pensar ustedes que ya me aparté demasiado de la globalización; pero la verdad es que no. Todo eso representa un mundo nuevo, y ese mundo nuevo, que yo creo que puede ser un nuevo renacimiento, depende (porque puede llegar a ser un oscurantismo brutal, si dejamos las puertas del mercado sueltas) de una exclusión enorme si imaginamos que sin Estado se van a organizar las cosas. Nada se va a organizar sin el Estado. Se requiere de otro Estado; se requiere del mercado, sin duda, porque el Estado no puede ser reemplazado en la asignación de recursos, en la definición y en el control de los precios. Eso no funciona; pero tampoco funciona imaginarse que los demás problemas, que muy someramente he mencionado aquí, puedan resolverse sin que exista un Estado renovado, una política renovada y una sociedad más dinámica. Sobre eso, por lo menos, si es verdadero, creo saber qué hacer. Para justificarnos a nosotros que somos intelectuales y que somos políticos.

Muchas gracias.